

Patricio Jara y la memoria geológica del neoliberalismo

Sebastián Figueroa¹

Introducción

298

Walter Benjamin, en un breve ensayo de 1932 titulado “Excavar y recordar”, señala que “la memoria no es un instrumento para conocer el pasado, sino sólo su medio (...) al igual que la tierra viene a ser el medio en que las viejas ciudades están sepultadas” (BENJAMIN, 2010, p. 350). Esto significa que para conocer el pasado hay que excavar en la memoria, dando cuenta de la experiencia de quien recuerda y del lugar desde donde se extraen los recuerdos: “el recuerdo real debe suministrar al mismo tiempo una imagen de ese que recuerda, como un buen informe arqueológico no indica tan sólo aquellas capas de las que proceden los objetos hallados, sino, sobre todo, aquellas capas que antes fue preciso atravesar” (BENJAMIN, 2010, p. 350). La idea de asimilar *recordar* a *excavar* es un excelente punto de partida para leer la novela *Geología de un planeta desierto* (2013) del escritor chileno Patricio Jara, acerca de un geólogo llamado Rodrigo que reconstruye el traumático pasado de su familia en conexión con la historia reciente del Desierto de Atacama. El detonante de la novela es la insólita

¹ Assistant Professor of Spanish, University of New Orleans. Agradezco profundamente a Javier Uriarte y Gabriel Rudas Burgos por sus comentarios y sugerencias durante la escritura de este ensayo.

aparición del fantasma del padre de Rodrigo muerto hace diez años, con quien emprende una larga caminata nocturna por Antofagasta hasta un lugar del desierto donde el padre puede regresar al país de los muertos. Durante esta caminata emergen historias de desempleo, alcoholismo y abandono, así como historias de desmantelamiento industrial y privatización asociadas a la dictadura y el neoliberalismo. La ciudad y el desierto de Atacama se vuelven, así, medios para conocer el pasado y experimentar los pliegues más oscuros tanto de la intimidad del sujeto que recuerda como del territorio donde su memoria se emplaza.

Geología de un planeta desierto se sitúa en una larga tradición narrativa sobre el Desierto de Atacama, el cual ha sido llamado por el historiador Julio Pinto la “cuna de Chile” debido a su importancia en los procesos de modernización del país y construcción de la identidad nacional. Emplazado en el norte de Chile y al sur de Bolivia y Perú, el Desierto de Atacama es un diverso ecosistema compuesto de pampas, salares y valles y habitado por diferentes pueblos indígenas desde al menos 12 mil años atrás. El “despoblado de Atacama”, como era conocido en la colonia, fue el punto de partida del Reino de Chile en el siglo 16, así como el escenario donde se peleó la Guerra del Pacífico entre 1879 y 1884, que enfrentó a Chile con la alianza entre Perú y Bolivia por las reservas de salitre. Chile emergió victorioso de este conflicto, ampliando significativamente su territorio hacia el norte y apropiándose de los yacimientos salitreros, lo que dio pie a uno de los ciclos de acumulación más importantes de la historia del país. Entre los textos literarios que abordan estos períodos y temas cabe destacar novelas sobre la minería del salitre como *La luz viene del mar* (1951) de Nicomedes Guzmán, *Hijo del salitre* (1952) de Volodia Teitelboim, y *La Reina Isabel cantaba rancheras* (1995) de Hernán Rivera Letelier; y los textos sobre la Guerra del Pacífico como la novela épica *Adiós al Séptimo de Línea* (1955) de Jorge Inostrosa y los relatos del propio Patricio Jara en *El cielo rojo del norte* (2018).

Al mismo tiempo, la novela de Jara se puede leer a partir del reciente giro de la literatura y el cine chilenos hacia el Desierto de Atacama en tanto metáfora espacial que permite explorar los procesos de reconstrucción identitaria en el Chile de la postdictadura. Este giro responde en buena

medida a la centralidad que tuvo el Desierto de Atacama en la dictadura de Pinochet, para quien el norte de Chile fue un espacio clave para sembrar el terror entre la clase trabajadora y sentar los principios del modelo neoliberal de cara al siglo 21. Hoy día, el Desierto de Atacama se yergue como en uno de los sitios de extracción minera más grandes del mundo, lo que implica enormes ingresos para el país, así como enormes conflictos sociales y ecológicos. Por esa razón, novelas como *Tierra Amarilla* (2014) de Germán Marín y *Camanchaca* (2012) de Rodrigo Zúñiga y películas como *Nostalgia de la luz* (2010) de Patricio Guzmán y *Surire* (2015) de Perut+Osnovikoff han tornado la mirada hacia el Desierto de Atacama para abordar algunos de estos conflictos, enfocándose, por ejemplo, en la memoria de los crímenes cometidos por la dictadura en el desierto o la amenaza socioecológica de la minería. En esta misma dirección, *Geología de un planeta desierto* aborda los problemas asociados con la reconversión minera de la ciudad de Antofagasta, en donde el desmantelamiento de la industria portuaria y la privatización de los espacios ha expulsado a grandes sectores de la población trabajadora a la marginalidad. Sin embargo, *Geología de un planeta desierto* se distingue del grueso de obras sobre el Desierto de Atacama al preferir un registro fantástico para dar cuenta de las contradicciones del neoliberalismo en el Chile contemporáneo, centrándose en la figura hamletiana del fantasma del padre que regresa para saldar cuentas con el pasado. Si bien el texto no viola ninguna otra ley de la realidad, la narración se caracteriza por un lenguaje minimalista y una atmósfera sombría, en donde resaltan el árido desierto y la oscura noche de la ciudad de Antofagasta, así como el estado melancólico del personaje principal. Es así como el desierto emerge en la novela no sólo como un medio para la memoria, sino que también como una fuerza poética que transforma los recuerdos de Rodrigo en una oportunidad para explorar el alcance del extractivismo a nivel global.

Mi lectura de la novela sigue las nuevas conceptualizaciones de la geología crítica propuestas por Kathryn Yusoff (2017, 2019), para quien las fuerzas geológicas modifican lo social y viceversa, produciendo, junto con un descentramiento de lo humano con respecto al entorno no-humano, un desmantelamiento de las categorías de género y raza con las que se

construye esta división. En sintonía con esta lectura de la geología, Patricio Jara deja entrever los cruces que existen entre geología y minería para la extracción de bienes comunes, desarrollando una crítica al modelo de explotación de la naturaleza bajo el sistema capitalista. En esa dirección, mi lectura de *Geología de un planeta desierto* intenta dar cuenta de las formas en que la historia íntima de Rodrigo, una historia atravesada por la violencia de la dictadura y el neoliberalismo, puede dar cuenta de la crisis ecológica en que se encuentran frágiles territorios como el Desierto de Atacama.

En lo que sigue, estructuro mi lectura de *Geología de un planeta desierto* de la siguiente manera: en la primera parte examino la tensión dialéctica que hace ostensible la novela entre el mapa y el territorio, es decir, entre calcular y controlar un espacio, por un lado, y las formas en que ese territorio se resiste al cálculo y el control, por otro. Esto me permite leer las estrategias del texto para superar el discurso positivo de la ciencia aplicada a la minería y entrar en el dominio de lo fantástico y lo irracional encarnado en la figura del fantasma. En la segunda parte me concentro en la representación de Antofagasta y el desierto de Atacama como sitios en donde se concentran los descartes del avance del neoliberalismo. Finalmente, regreso al problema de una geología de lo social, analizando los cruces entre territorio y memoria y entre fuerzas humanas y no-humanas con el propósito de reflexionar sobre la dimensión ecológica de la novela.

301

El Desierto de Atacama entre el mapa y el territorio

Quiero empezar analizando la novela a partir de una de sus principales tensiones: las diferentes concepciones del espacio derivadas del mapa y del territorio, en donde el mapa aparece como un intento por fijar las complejas relaciones socioecológicas, humanas y no humanas, que materializan el territorio (DUCHESNE WINTER, 2019). El hecho de que una de las novelas favoritas de Rodrigo sea justamente *La carte et le territoire* (2010) de Michel Houellebecq solo viene a reforzar esta tensión entre diferentes formas de representar y experimentar el espacio. No se trata en la novela de Patricio Jara, sin embargo, de las estrategias de la fotografía para encuadrar el territorio, como en la novela de Houellebecq, sino de las estrategias positivistas de las ciencias de la tierra para medir el desierto de

Atacama -y la resistencia de este a ser completamente mapeado y calculado. En esa línea, en esta sección me interesa explorar aquellas maneras en que el Desierto de Atacama desborda los intentos que se realizan en la novela por encuadrarlo tanto desde el discurso de la geología como de la literatura, creando territorios de imaginación en donde interactúan fuerzas más-que-humanas que desestabilizan la concepción de la naturaleza como reserva para ser explotada.

Para entender cómo funciona el desborde del desierto en la novela, es necesario comenzar por el polo opuesto: la obsesión de Rodrigo por hacer mapas y calcular el espacio en que se mueve. Esto se puede apreciar en los varios momentos en que el personaje describe su ubicación geológica: “En este instante mi ubicación exacta es 22° 22’ 50’’; 68° 23’ 2361” (JARA, 2016, p. 139). Se trata de una experiencia cartográfica que solemos repetir nosotros mismos en nuestra vida cotidiana a través de aplicaciones como Google Maps o Waze, pero que responde a una concepción ideológica del territorio. A través de su insistencia en la descripción del medio geológico y la localización geográfica, la novela deja al descubierto el papel que juegan las ciencias de la tierra en la transformación del territorio en un espacio a ser medido y conquistado para su explotación: “Digamos que soy un punto exacto en el medio del desierto de Atacama [...] un destello sobre el lomo verdoso del Gran Metalotecto, el lugar donde hay más cobre en el mundo” (JARA, 2016, p. 139). Así, pronto descubrimos que Rodrigo está interesado, junto con la descripción científica del territorio, en poner esa información al servicio de intereses mineros, “mirar dos veces un terreno que antes nadie cotizaba [y ver] si vale la pena o no invertir” (JARA, 2016, p. 20-21). Explorar el territorio significa, desde una geología al servicio de la minería, valorar el espacio con fines económicos, una tarea facilitada hoy por los poderosos sistemas de información geográfica que permiten mapear hasta el subsuelo y el mundo subacuático.

Es importante detenerse en el trabajo de mapeo y valorización que realiza Rodrigo para las corporaciones mineras. El personaje describe sus numerosos viajes de exploración en países como Costa Rica, Venezuela, México o República Dominicana, recordando el tiempo que pasaba entre aeropuertos y hoteles sin tomar contacto con la realidad social, abstraído en

la descripción de yacimientos minerales. Rodrigo emerge, más que como un geólogo, como un agente del proceso extractivo global, que disfruta de los privilegios de movilidad concedidos a los trabajadores especializados, mientras por otro lado se restringen los derechos de migrantes que huyen de las diferentes crisis del sur global. La relevancia del trabajo de exploración que realiza Rodrigo para las economías de Sudamérica se deja ver en los contratos con el gobierno de Bolivia, adonde Rodrigo viaja a “conocer los procesos de explotación de hidrocarburos” e incluso es invitado a almorzar con “Evo Morales en un hotel de Tarija”. También es relevante su viaje a Pitinga, en Brasil, en donde busca “montar un programa piloto para Petrobras” (JARA, 2016, p. 33), la empresa petrolera del Estado. De este modo, *Geología de un planeta desierto* pone en evidencia el papel de la geología en la expansión del capital, que unifica el planeta en términos de abstracciones y el mismo modo de producción a la vez que lo diferencia internamente entre periferias y centros (SMITH, 2008). Me refiero aquí a la composición desigual del sistema-mundo, en donde países históricamente afectados por el extractivismo como Bolivia o Brasil absorben los costos del desarrollo del capital global -incluso cuando se enmarcan en las posiciones nacionalistas o progresistas de la llamada “marea rosada”, como bien han estudiado Gudynas (2011) y Svampa (2019). De este modo, aun cuando la experticia de Rodrigo se presente como un conjunto de conocimientos abstractos deslocalizados sobre la superficie terrestre, este sigue mediado por lógicas raciales-coloniales en donde las multinacionales europeas o americanas que financian sus viajes de exploración tienen la última palabra.

La manera en que *Geología de un planeta desierto* da cuenta de los movimientos globales del capital minero nos recuerda el concepto de “mapas cognitivos” de Fredric Jameson (1990). Se trata de una herramienta crítica proveniente de las teorías del espacio urbano que permiten imaginar la arquitectura del capitalismo en un contexto de deslocalización de la economía y descentramiento del sujeto histórico. Siguiendo las ideas de Jameson, Macarena Areco afirma que el Desierto de Atacama funciona en la ficción contemporánea chilena como un mapa cognitivo de la realidad frente a la “imposibilidad de visualizar el capitalismo multinacional y la posición que cada cual ocupa en él” (ARECO, 2016, p. 54-55). La novela de Patricio

Jara puede ser entendida bajo este prisma en la medida que da cuenta de las contradicciones del sistema-mundo en el norte de Chile tras la consolidación de la nueva minería en los años 70. Los recuerdos de Rodrigo sobre Antofagasta y el desierto de Atacama muestran estos lugares no solo como centros de extracción minera, sino que también como zonas de marginación social y desastre natural en los que prácticamente no existe organización política. De este modo, estos lugares se acercan a lo que Toscano y Kinkle (2015) llaman “geografías oscuras”, esos agujeros negros del capitalismo en donde convergen procesos extractivos y hechos de violencia que necesitan ser visibilizados por nuevas formas de representación crítica del espacio. El mayor ejemplo de esta “geografía oscura” es Chuquicamata, una de las minas a cielo abierto más grandes del mundo y símbolo del *boom* del cobre chileno. Además de ser literalmente un agujero, la novela nos recuerda que la ciudad de Chuquicamata fue removida y sepultada para abrir paso a la mina. Es algo que podemos ver ya en la época del salitre en el siglo 20, cuando el declive de la industria dejó las ciudades-fábrica conocidas como “Oficinas” en completo abandono. Sin embargo, en el caso de Chuquicamata se trata de sepultar lo que había sido la ciudad, borrando con ello toda memoria de vida. De ahí que Rodrigo señale que “en el próximo siglo [...] los investigadores que exploren Chuquicamata encontrarán un enorme basurero y, debajo, poblaciones completas, hospitales, escuelas, plazas y multicanchas de cemento” (JARA, 2016, p. 117). Así, la novela pone de manifiesto, además del abandono como resultado de la expansión minera, la irrelevancia de las infraestructuras sociales para el sostenimiento de poblaciones humanas, las cuales se ven desplazadas gradualmente hacia el margen en beneficio de infraestructuras de extracción.

Considero que es desde esta concepción del desierto como “geografía oscura” que emerge una dimensión no cuantificable del territorio que desborda las posibilidades del mapa. A pesar de los intentos por borrar la memoria y desplazar a las poblaciones humanas y no-humanas para beneficio de proyectos extractivos, es como si las historias de violencia sepultadas en el desierto tuvieran la fuerza para retornar desde el subsuelo hacia la superficie como un destello en medio de la noche. Aquí vale la pena recordar el documental *Nostalgia de la luz* (2010) de Patricio Guzmán, en el

que se muestra cómo los restos humanos y no-humanos sepultados en el desierto vuelven a salir a la superficie, interrumpiendo el presente con las historias no resueltas del pasado. Del mismo modo, aun cuando Rodrigo insiste en calcular el espacio para su explotación, el Desierto de Atacama parece siempre exceder los intentos de ser encuadrado, haciendo incluso tambalear las certezas científicas del geólogo:

En el desierto uno se acostumbra a convivir con cosas que no tienen explicación [...] Algunos creen que la Tierra tiene espíritu; que, además de fenómenos explicables desde la ciencia, posee, digamos, personalidad. Cuesta entenderlo cuando uno está en una sala de clases o en reuniones técnicas donde se proyectan mapas con los sitios de exploración como si se tratara de un operativo militar [...] en medio del desierto [...] las certezas flaquean y las apuestas suelen perderse. (JARA, 2016, p. 114-15)

305

Frente al desierto, el mapa parece entonces fracasar en su intento de ordenar el espacio, haciendo que el sujeto se desoriente. Se repiten fenómenos sobrenaturales que la ciencia no explica y aparece incluso el temor a la naturaleza: “Te mandan con un mapa y una foto aérea. No hay nada más en el mundo: solo rocas, líneas metamórficas y sedimentarias para mapear [...] No hay nadie que te salve. Están los peñascos y tú” (JARA, 2016, p. 75). La novela recurre aquí al tópico romántico del desierto como expresión de naturaleza sublime, donde lo siniestro y lo bello coinciden generando una sensación de estupor en el sujeto, quien al contemplar la vastedad del paisaje advierte su propia finitud (TYNAN, 2020). De ahí incluso que Rodrigo asocie el paisaje del desierto a la locura: “Te rayas fácil en el desierto (...) comienzas a creer que los cerros tienen caras humanas, rostros de familiares o de exparejas que te miran llenas de rencor” (JARA, 2016, p. 116, 64). Rodrigo es un apasionado del rock pesado y la literatura gótica, por lo que asimilar la enajenación del desierto a la que provoca el hielo en *Las montañas de la locura* de H. P. Lovecraft (1936), ese libro de culto acerca de una expedición a la Antártica en la cual los restos de antiguas civilizaciones y la naturaleza monstruosa conducen al desastre. Asimismo, no es casual que una de las bandas de rock pesado más citadas de la novela sea la agrupación sueca Entombed, palabra del inglés que traducida al español significa literalmente “entumbado”, en el sentido de “enterrado”. Tampoco es casual que el protagonista afirme que *Tomás Godoy, el*

empampado (1979), del escritor Nicolás Ferraro, sea una de sus lecturas de cabecera. Este cuento relata el mítico caso de un hombre que se pierde en la pampa del desierto de Atacama y no puede volver. A esto se le conoce como *empamparse*, que significa, más que perderse en la pampa, volverse parte de ella. De este modo, el desierto aparece en la novela como el lugar en donde los seres humanos vuelven a formar parte del territorio, de las rocas y arenas que componen su geología. Es decir, un territorio en donde las distinciones entre lo humano y lo no-humano se vuelven borrosas, desbordando los mapas desde el tiempo profundo de la ficción.

Afirmo que este desbordamiento del desierto torna legible la aparición del fantasma del padre en la novela. El padre emerge como un espejismo del desierto que vemos sin realmente aprehender y la literatura logra expresar algo de ese espejismo. Esto queda de manifiesto cuando el fantasma del padre llega hasta el sitio del desierto desde donde puede volver al país de los muertos. Rodrigo anota la locación exacta del lugar, “-24,161516 / -70.150409”, agregando: “Un punto como miles de millones de puntos posibles de localizar en este desierto” (JARA, 2016, p. 149). Aun cuando es posible localizar el lugar en el mapa, este no expresa del todo lo que allí acontece. Hay un espacio negativo que escapa a los cálculos de la geología. Así, aun cuando la novela se identifique con el discurso de la ciencia, el misterio del fantasma no puede explicarse por completo, de modo que la respuesta ha de buscarse “en otra parte que no sea la biología” (JARA, 2016, p. 17). Contra el discurso tecnocrático de la minería, la novela interpone así una escritura geológica, en donde la ficción remueve los sedimentos de la memoria, provocando el aluvión de recuerdos que vienen con la visita del fantasma.

Ruinas neoliberales

En “Radicante” (2009), un ensayo sobre los cruces entre memoria y viaje en el arte contemporáneo, el crítico francés Nicolas Bourriaud afirma que “el tiempo hoy día ha sido espacializado” (BOURRIAUD, 2009, p. 124), de modo que, para conocer el pasado, el sujeto tiene que desplazarse por los mapas y el territorio. En el desplazamiento por el espacio de la modernidad, advierte Bourriaud, el “radicante” se suele topar con sitios

inesperados de memoria en los que se puede tener un destello de los pasados destruidos por la marcha del progreso. Creo que *Geología de un planeta desierto* debe ser leída en términos del “arte radicante” como una novela que narra el pasado a través de desplazamientos por la ciudad de Antofagasta y el desierto de Atacama. De hecho, todo el presente del relato consiste en una larga caminata que emprenden Rodrigo, su novia Magaly y el fantasma del padre hasta llegar a los extramuros de la ciudad, allí donde comienza el desierto inabarcable y el padre vuelve a desaparecer después de su breve retorno al país de los vivos. Durante esta caminata, van emergiendo los lugares, edificios, ruinas y descampados que revelan las profundas marcas del neoliberalismo en el territorio y en la historia de su familia.

El primer lugar que exploran los personajes en su caminata es el puerto de la ciudad de Antofagasta, “el sitio donde mi papá trabajó toda su vida”. El padre se detiene “frente al control de ingreso [...] buscando las grúas que ya no estaban” (JARA, 2016, p. 40). Según recuerda Rodrigo, el puerto de Antofagasta era conocido por unas gigantescas grúas que parecían “zancudos saliendo del mar”. Estas grúas habían sido instaladas por EMPORCHI, la empresa del Estado creada en los años sesenta para administrar los puertos del país. Rodrigo recuerda que estas grúas “son el vínculo con la ciudad donde nací” y que “en muchas de las fotos (...) las grúas aparecen de fondo” (JARA, 2016, p. 40 y 41). Tras el golpe militar de 1973, la EMPORCHI fue gradualmente desmantelada y las grúas pasaron a convertirse en un recuerdo del pasado a medias entre el residuo y el patrimonio: “Hoy son tres grúas que por las noches se iluminan y dejan de parecer lo que son: se transforman en esculturas de colores, casi en objetos de vanguardia” que atraen a “suicidas y fumadores de pasta base” (JARA, 2016, p. 42). De esa manera, la historia de la dictadura va emergiendo y, con ello, las reformas neoliberales que buscaban la “reconversión minera” de la ciudad de Antofagasta.

Desde un principio, la dictadura de Pinochet transformó el Desierto de Atacama en un espacio clave para impartir su doctrina de seguridad interna y crecimiento económico. La construcción de campos de concentración como Chacabuco y Pisagua fue acompañada de leyes como la “Ley Reservada del Cobre” de 1976, que transfirió el 10% de las ganancias

del cobre directamente a las fuerzas armadas; o la Ley Orgánica Constitucional de Concesiones Mineras de 1982, que otorgó derechos indefinidos de explotación minera a compañías privadas (FOLCHI, 2003). Ciudades como Antofagasta se convirtieron así en enclaves extractivos-militares-financieros afectados por constantes crisis sociales y ambientales (FRAZIER, 2007). La novela relata cómo la reconversión minera de Antofagasta liderada por la dictadura implicó el desmantelamiento de la industria portuaria: “De pronto Antofagasta dejó de ser una ciudad portuaria y se transformó en una ciudad minera [...] Hoy sería capaz de describir exactamente cómo era el puerto de Antofagasta antes de que lo privatizaran y la mitad de su terreno fuese destinado a un centro comercial” (JARA, 2016, p. 43). En su caminata, los personajes advierten también la proliferación de zonas donde chocan los barrios ostentosos de las clases adineradas con las filas de edificios todos iguales para los pobres, dando cuenta de la desigualdad que reina en la ciudad. La novela muestra incluso cómo la dictadura intentó destruir los atisbos de la cultura de izquierda del norte, cuya importancia histórica ligada a los trabajadores de las minas del salitre se expresaba incluso en el diseño de la ciudad: “el cruce de Avenida Argentina y Club Hípico es el corazón de ese enjambre de blocks de departamentos de cuatro pisos donde vivíamos y que antes del golpe se llamaba Luis Emilio Recabarren.² Desde luego lo cambiaron por el de un mártir de Carabineros. Hoy se llama Capitán Dávila” (JARA, 2016, p. 97).

En este marco de reestructuración capitalista llevada a cabo por la dictadura ocurre la desvinculación del padre de la EMPORCHI: “Ahora que los puestos se iban a privatizar, les dijeron, podrían seguir trabajando como externos, integrarse sin problema en las muchas compañías que prestaba los mismos servicios” (JARA, 2016, p. 43). La noción de “externos” es clave. Se refiere a aquellos trabajadores subcontratados por una empresa privada para realizar un servicio sin otorgarle los derechos de un funcionario del Estado. Es uno de los pilares del régimen laboral del neoliberalismo en la medida que deja a los trabajadores sin protección social frente al mercado. El padre de Rodrigo se convierte así en una de las víctimas del proceso de

² Político y líder revolucionario chileno. Fundador del Partido Comunista de Chile en 1922.

privatización, que implica no sólo quedar vulnerable frente a las transformaciones de la economía, sino que también quedar inserto en la (in)disciplina del mercado: “Ahí lo encontrabas, asomado en el balcón del departamento, mirando hacia el puerto a la espera de ver alguna mancha en el horizonte [...] aguardando a los cada vez menos cargueros que un día llegaron al puerto” (JARA, 2016, p. 36). En este momento se desata su alcoholismo, alentado por la compañía de otros jubilados e incluso jóvenes que bebían para compensar la falta de oportunidades. Además del alcoholismo, sobrevino el endeudamiento del padre favorecido por el *boom* de las entidades financieras en el Chile de los 80: “Mi papá [pidió] préstamos uno tras otro hasta llegar a ocho. Con suerte exigían el carné de identidad para entregarte dinero rápido, pero con intereses criminales [...] El viejo encalillado³ por dos años y mi mamá quitándole mes a mes la jubilación para pagar las deudas [...] Para entonces ya casi no llegaban barcos al puerto”. Después de la ruina financiera, el padre comienza a sentir los efectos del consumo excesivo de alcohol en su salud: “Fue por aquel tiempo cuando al viejo le sobrevino una hinchazón en su abdomen; una falla hepática que hubo que extraer mediante punciones” (JARA, 2016, p. 89). El padre muere finalmente a causa de las hemorragias estomacales provocadas por el alcohol y es sepultado en “un mausoleo de los jubilados de la Empresa Portuaria de Chile” (JARA, 2016, p. 54), como enterrando consigo el recuerdo de ese pasado industrial desmantelado por la dictadura. De esa manera, el padre de Rodrigo pasa a formar parte de las ruinas del progreso en Antofagasta; se vuelve un resto, un residuo, pero también materia en el suelo del desierto y, como tal, fragmento de su geología. Y desde allí es que regresa como una fuerza desde el pasado para desestabilizar el presente.

Conclusión

¿En qué lugar buscar una explicación para el retorno del espectro? Si no es en la biología, como nos dice Rodrigo, ¿dónde? Aquí es donde la novela interpone una concepción alternativa de la geología para entender el fantasma del padre y el aluvión de recuerdos que este provoca. No se trata

³ Endeudado.

de una geología positivista o extractiva, sino que una geología crítica, capaz de explorar los diferentes estratos de la imaginación. Esta geología sigue siendo exploratoria; todavía se centra en las huellas del pasado en el terreno; pero no para favorecer la extracción de minerales o calcular el espacio terrestre, sino que para excavar las ruinas que quedan de la marcha continua de progreso. De esta manera, los recuerdos que extrae Rodrigo contienen, junto con fragmentos de su historia íntima, recortes de la memoria geológica del neoliberalismo. Se trata de las profundas marcas que deja el extractivismo en el territorio: las transformaciones en el espacio urbano, las modificaciones del terreno y los desplazamientos de comunidades humanas y no-humanas. Esto quiere decir que la extracción de materias primas, aun cuando ocurre en el tiempo histórico, está interrelacionada con los procesos geológicos. Además de extraer sus productos a gran escala, como el caso de los combustibles, el capital también modifica negativamente estos procesos, afectando el clima y la disponibilidad de bienes comunes para la subsistencia de la vida.

310

Me parece que es desde esta imbricación entre geología e historia que emerge la dimensión ecológica de la novela. El argumento de que el capital tiene agencia geomórfica es una de las claves para descifrar el Antropoceno, la época en que los seres humanos han logrado intervenir la mayoría de los ciclos naturales, propiciando la extinción masiva de especies. Esta época ha sido descrita precisamente como una época de desiertos, en donde la vida se ha retirado y lo inanimado conquista la superficie terrestre (TYNAN, 2016). El Desierto de Atacama asoma como uno de los territorios más afectados por esta lógica. Como lo ha demostrado la historia colonial, en donde fueron exterminadas culturas y especies, las frágiles ecologías de este desierto no están capacitadas para resistir mucho tiempo más la arremetida extractivista. Al mismo tiempo, el Desierto de Atacama ni ningún desierto puede ser reducido a un espacio de no-vida. También son territorios donde la vida siempre vuelve a emerger, aun cuando se trate de formas de vida precaria. La novela explora esta posibilidad al finalizar con la noticia de que Magaly carga con un hijo de Rodrigo. Un cierre heteronormativo y reproductivo de la historia, pero que, del mismo modo que se describe el retorno del fantasma del padre al país de los muertos, sólo

es “un final aparente, hasta donde apenas alcanzamos a llegar o hasta donde alcanzamos a ver” (JARA, 2016, p. 150). De esta manera, en vez de ofrecer una idea clara de futuro, la novela nos confronta con la certeza de nuestra intrascendencia geológica. La vida humana en la tierra continúa, pero solo gracias a la indiferencia de la naturaleza:

Al amanecer o al final del día de pronto se tiene la certeza de que nada se ha movido de su sitio en millones de años. Es la quietud geológica y la indiferencia de la bóveda celeste que cambia de color. Ese horno de tierra que durante el día lo funde todo bajo tus pies, ha comenzado a enfriarse conforme avanza la tarde y asoma la noche. Es el cambio de luz que tiñe los contornos de la planicie, el resplandor violeta llevándose los últimos minutos de claridad como una mecánica de fluidos: aparece el viento frío, el termómetro cae en picada y crujen las piedras. Así es como la naturaleza decide en cuáles lugares será posible la vida en la tierra. (JARA, 2016, p. 119)

REFERENCIAS

- ARECO, Macarena. “Imaginarios de espacio en la narrativa de dos mil: figuraciones del desierto en relatos de la postdictadura”. *Revista de Humanidades* 33, 2016, p. 39-56.
- BENJAMIN, Walter. “Excavar y recordar”. Imágenes que piensan. *Obras*, libro IV, vol. 1. Madrid: Abada, 2010, p. 350.
- BOURRIAUD, Nicolas. *Radicante*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2009.
- DUCHESNE WINTER, Juan. “La literatura construye territorios”. *El Nacional*, 14 de abril de 2019. Disponible en: https://www.elnacional.com/papel-literario/juan-duchesne-winter-literatura-construye-territorios_279109/. Acceso en: 18 de octubre de 2021.
- FOLCHI, Mauricio. “La insustentabilidad del 'boom minero' chileno: política y medio ambiente, 1983-2003”. *Ecología Política* 26: 23-49, 2003.
- FRAZIER, Lessie Jo. *Salt in the Sand: Memory, Violence, and the Nation-State in Chile, 1890-Present*. Durham: Duke University Press, 2007.
- GUDYNAS, Eduardo. “El nuevo extractivismo progresista en América del Sur: tesis sobre un viejo problema bajo nuevas expresiones.” En: GUDYNAS, Eduardo; HOUTART, François; ACOSTA, A. *Colonialismo del siglo XXI: negocios extractivos y defensa del territorio en América*. Barcelona: Icaria, 2011, pp. 75-92.
- JAMESON, Fredric. “Cognitive Mapping”. *Marxism and the Interpretation of Culture*, edited by Cary Nelson and Lawrence Grossberg, Univ. of Illinois Press, 1990, pp. 347-60.
- JARA, Patricio. *Geología de un planeta desierto*. Santiago de Chile: Alfaguara, 2016.
- PINTO, Julio. *A Desert Cradle: State, Foreign Entrepreneurs, and Workers in Chile's Early Nitrate Age Tarapacá, 1870–1890*. Ph.D. diss. New Haven: Yale University, 1991.
- SMITH, Neil. *Uneven Development: Nature, Capital, and the Production of Space*. Univ. of Georgia Press, 2008.
- TOSCANO, Alberto y KINKLE, Jeff. *Cartographies of the Absolute*. New York: Zero, 2015.
- TYNAN, Aydan. *The Desert in Modern Literature and Philosophy Wasteland Aesthetics*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2020.
- _____. “Desert earth: Geophilosophy and the Anthropocene”. *Deleuze Studies* 10, 4: 479-495, 2016.
- YUSOFF, Kathryn. “Geologic Realism: On the Beach of Geologic Time”. *Social Text*, 37, 1, 138, 2019, p. 1-26.
- _____. “Geosocial Strata”. *Theory, Culture & Society*, 2017, 34 (2-3), p. 105-127.

Resumen: En este artículo examino las relaciones entre geología, memoria y neoliberalismo en la novela *Geología de un planeta desierto* (Chile, 2013) de Patricio Jara. Partiendo de la tensión entre el mapa y el territorio, analizo la representación de la ciudad de Antofagasta y el desierto de Atacama como sitios marcados por la violencia de la dictadura militar y el neoliberalismo. Posteriormente, me enfoco en las desarticulaciones de lo humano a partir de los entrecruces entre procesos sociales y geológicos en la novela, lo que me permite explorar la dimensión ecológica del texto en respuesta al avance de las economías extractivas ligadas a la “nueva minería” en el Norte de Chile.

Palabras clave: Patricio Jara, Desierto de Atacama, Geología, Memoria, Neoliberalismo, Extractivismo

Abstract: In this article, I examine the relations between geology, memory, and neoliberalism in Patricio Jara’s novel *Geología de un planeta desierto* (Chile, 2013). Beginning with the tension between the map and the territory, I analyze the representation of Antofagasta and the Atacama Desert as sites marked by the violence of the military dictatorship and neoliberalism. Subsequently, I focus on the dismantling of the human by the intertwining between social and geological processes, which allows me to explore the ecological dimension of the text in response to the progress of extractive economies linked to the “new mining” in Northern Chile.

Keywords: Patricio Jara, Atacama Desert, Geology, Memory, Neoliberalism, Extractivism